



SOLEDADES (1899-1907)

# 1 I EL VIAJERO

Está en la sala familiar, sombría, y entre nosotros, el querido hermano que en el sueño infantil de un claro día vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienes plateadas, un gris mechón sobre la angosta frente; y la fría inquietud de sus miradas revela un alma casi toda ausente.

Deshójanse las copas otoñales del parque mustio y viejo. La tarde, tras los húmedos cristales, se pinta, y en el fondo del espejo.

El rostro del hermano se ilumina suavemente. ¿Floridos desengaños dorados por la tarde que declina? ¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

¿Lamentará la juventud perdida? Lejos quedó –la pobre loba– muerta. ¿La blanca juventud nunca vivida teme, que ha de cantar ante su puerta?

¿Sonríe al sol de oro, de la tierra de un sueño no encontrada; y ve su nave hender el mar sonoro, de viento y luz la blanca vela henchida?

Él ha visto las hojas otoñales, amarillas, rodar, las olorosas ramas del eucalipto, los rosales que enseñan otra vez sus blancas rosas.

Y este dolor que añora o desconfía el temblor de una lágrima reprime, y un resto de viril hipocresía en el semblante pálido se imprime.

Serio retrato en la pared clarea todavía. Nosotros divagamos. En la tristeza del hogar golpea el tictac del reloj. Todos callamos.

> 2 11

He andado muchos caminos, he abierto muchas veredas; he navegado en cien mares, y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto caravanas de tristeza, soberbios y melancólicos borrachos de sombra negra, y pedantones¹ al paño

<sup>1.</sup> Aumentativo de pedante.

que miran, callan, y piensan que saben, porque no beben el vino de las tabernas.

Mala gente que camina y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto gentes que danzan o juegan, cuando pueden, y laboran sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio, preguntan adónde llegan. Cuando caminan, cabalgan a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa ni aun en los días de fiesta. Donde hay vino, beben vino; donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven, laboran, pasan y sueñan, y en un día como tantos, descansan bajo la tierra.

> 3 111

La plaza y los naranjos encendidos con sus frutas redondas y risueñas. Tumulto de pequeños colegiales que, al salir en desorden de la escuela, llenan el aire de la plaza en sombra con la algazara de sus voces nuevas.

¡Alegría infantil en los rincones de las ciudades muertas!... ¡Y algo nuestro de ayer, que todavía vemos vagar por estas calles viejas!

## 4 IV En el entierro de un amigo

Tierra le dieron una tarde horrible del mes de julio, bajo el sol de fuego.

A un paso de la abierta sepultura, había rosas de podridos pétalos, entre geranios de áspera fragancia y roja flor. El cielo puro y azul. Corría un aire fuerte y seco.

De los gruesos cordeles suspendido, pesadamente, descender hicieron el ataúd al fondo de la fosa los dos sepultureros...

Y al reposar sonó con recio golpe, solemne, en el silencio.

Un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio.

Sobre la negra caja se rompían los pesados terrones polvorientos...

El aire se llevaba de la honda fosa el blanquecino aliento.

-Y tú, sin sombra ya, duerme y reposa, larga paz a tus huesos...

Definitivamente, duerme un sueño tranquilo y verdadero.

## 5 V Recuerdo infantil

Una tarde parda<sup>2</sup> y fría de invierno. Los colegiales estudian. Monotonía de la lluvia en los cristales.

Es la clase. En un cartel se representa a Caín fugitivo, y muerto Abel, junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco truena el maestro, un anciano mal vestido, enjuto y seco, que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil

<sup>2.</sup> De color oscuro.

va cantando la lección; mil veces ciento, cien mil, mil veces mil, un millón.

Una tarde parda y fría de invierno. Los colegiales estudian. Monotonía de la lluvia en los cristales.

> 6 Vi

Fue una clara tarde, triste y soñolienta... tarde de verano. La hiedra asomaba al muro del parque, negra y polvorienta...

La fuente sonaba.

Rechinó en la vieja cancela mi llave; con agrio ruido abriose la puerta de hierro mohoso y, al cerrarse, grave golpeó el silencio de la tarde muerta.

En el solitario parque, la sonora copla borbollante<sup>3</sup> del agua cantora me guía a la fuente. La fuente vertía sobre el blanco mármol su monotonía.

La fuente cantaba: ¿Te recuerda, hermano, un sueño lejano mi canto presente? Fue una tarde lenta del lento verano.

<sup>3.</sup> Con grandes burbujas.

Respondí a la fuente: No recuerdo, hermana, mas sé que tu copla presente es lejana.

Fue esta misma tarde: mi cristal vertía como hoy sobre el mármol su monotonía. ¿Recuerdas, hermano?... Los mirtos talares,<sup>4</sup> que ves, sombreaban los claros cantares que escuchas. Del rubio color de la llama, el fruto maduro pendía en la rama, lo mismo que ahora. ¿Recuerdas, hermano?... Fue esta misma lenta tarde de verano.

-No sé qué me dice tu copla riente de ensueños lejanos, hermana la fuente.

Yo sé que tu claro cristal de alegría ya supo del árbol la fruta bermeja; yo sé que es lejana la amargura mía que sueña en la tarde de verano vieja.

Yo sé que tus bellos espejos cantores copiaron antiguos delirios de amores: mas cuéntame, fuente de lengua encantada, cuéntame mi alegre leyenda olvidada.

-Yo no sé leyendas de antigua alegría, sino historias viejas de melancolía.

Fue una clara tarde del lento verano. Tú venías solo con tu pena, hermano; tus labios besaron mi linfa<sup>5</sup> serena,

<sup>4.</sup> Se refiere a que las hojas de los mirtos llegan hasta el suelo.

<sup>5.</sup> Líquido orgánico.

y en la clara tarde, dijeron tu pena.

Dijeron tu pena tus labios que ardían; la sed que ahora tienen, entonces tenían.

Adiós para siempre la fuente sonora, del parque dormido eterna cantora.
Adiós para siempre; tu monotonía, fuente, es más amarga que la pena mía.

Rechinó en la vieja cancela mi llave; con agrio ruido abriose la puerta de hierro mohoso y, al cerrarse, grave sonó en el silencio de la tarde muerta.

#### 7 VII

El limonero lánguido suspende una pálida rama polvorienta, sobre el encanto de la fuente limpia, y allá en el fondo sueñan los frutos de oro...

Es una tarde clara, casi de primavera, tibia tarde de marzo que el hálito<sup>6</sup> de abril cercano lleva; y estoy solo, en el patio silencioso, buscando una ilusión cándida y vieja:

<sup>6.</sup> Vapor, aliento, aire.

alguna sombra sobre el blanco muro, algún recuerdo, en el pretil de piedra de la fuente, dormido, o, en el aire, algún vagar de túnica ligera.

En el ambiente de la tarde flota ese aroma de ausencia que dice al alma luminosa: nunca, y al corazón: espera.

Ese aroma que evoca los fantasmas de las fragancias vírgenes y muertas.

Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara, casi de primavera, tarde sin flores, cuando me traías el buen perfume de la hierbabuena, y de la buena albahaca, que tenía mi madre en sus macetas.

Que tú me viste hundir mis manos puras en el agua serena, para alcanzar los frutos encantados que hoy en el fondo de la fuente sueñan...

Sí, te conozco, tarde alegre y clara, casi de primavera.

8 VIII

Yo escucho los cantos de viejas cadencias,

que los niños cantan cuando en coro juegan, y vierten en coro sus almas que sueñan, cual vierten sus aguas las fuentes de piedra: con monotonías de risas eternas, que no son alegres, con lágrimas viejas, que no son amargas y dicen tristezas, tristezas de amores de antiguas leyendas.

En los labios niños, las canciones llevan confusa la historia y clara la pena; como clara el agua lleva su conseja de viejos amores, que nunca se cuentan.

Jugando a la sombra de una plaza vieja, los niños cantaban...

La fuente de piedra vertía su eterno cristal de leyenda.

Cantaban los niños canciones ingenuas,

de un algo que pasa y que nunca llega: la historia confusa y clara la pena.

Vertía la fuente su eterna conseja: borrada la historia, contaba la pena.

### 9 IX Orillas del duero

Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.

Girando en torno a la torre y al caserón solitario, y las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno, de nevascas y ventiscas los crudos soplos de infierno.

Es una tibia mañana.

El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.

Pasados los verdes pinos,

casi azules, primavera se ve brotar en los finos chopos de la carretera

y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente. El campo parece, más que joven, adolescente.

Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido, azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido, y mística primavera!

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera, espuma de la montaña ante la azul lejanía sol del día, claro día! ¡Hermosa tierra de España!

10 X

A la desierta plaza conduce un laberinto de callejas. A un lado, el viejo paredón sombrío de una ruinosa iglesia; a otro lado, la tapia blanquecina de un huerto de cipreses y palmeras, y, frente a mí, la casa, y en la casa la reja ante el cristal que levemente empaña su figurilla plácida y risueña. Me apartaré. No quiero llamar a tu ventana... Primavera viene –su veste<sup>7</sup> blanca flota en el aire de la plaza muerta-; viene a encender las rosas rojas de tus rosales... Quiero verla...

<sup>7.</sup> Vestimenta, traje.